

...de mamá Parker

Hasta los vecinos decían eso de ella. Muchas veces, cuando cojeaba rumbo a su casa, con su bolsa de pescado, los oía, esperando en la esquina, o apoyados sobre las verjas, y decían:

-Mamá Parker ha tenido una vida muy dura. -Y era tan cierto, que ella ni siquiera se enorgullecía de ello. Era como si se dijese que vivía en la parte trasera del sótano, en el Número 27. ¡Una vida dura...!

A los dieciséis se fue de Stratford y llegó a Londres como ayudante de cocina. Sí, había nacido en Stratford sobre el Avon. ¡Shakespeare, señor? No, la gente siempre preguntaba por él. Pero ella jamás escuchó su nombre hasta que lo vio en los teatros.

Nada quedaba de Stratford, salvo ese "sentarse junto al hogar por la noche, y entonces se podían ver las estrellas por la chimenea", y "mamá siempre tenía su trozo de tocino colgado del cielo raso". Y había algo -un arbusto, había- en la puerta del frente, que olía tan bien. Pero el arbusto era muy vago. Sólo lo recordó una o dos veces, en el hospital, cuando enfermó.

Era un lugar espantoso... su primera casa. Jamás la dejaban salir. Nunca subía, salvo para las oraciones de la mañana y la noche. Era un buen sótano. Y la cocinera era una mujer cruel. Solía arrebatarle las cartas de su casa, antes que pudiese leerlas, y las arrojaba al fuego, porque la volvía soñadora... ¡Y las cucarachas! ¿Es posible creerlo? Hasta que llegó a Londres, nunca había visto una cucaracha negra. En este punto Mamá siempre lanzaba una risita, como si... ¡no haber visto una cucaracha negra!

¡Bueno! Era lo mismo que decir que una jamás se había visto los pies. Cuando dejó esa familia, fue como "ayuda" a la casa de un médico, y luego de dos años allí, corriendo de la mañana a la noche, casó con su esposo. Éste era panadero.

-¡Un panadero, señora Parker! -solía decir el caballero literario. Pues de vez en cuando dejaba a un lado sus tomos y prestaba oídos, por lo menos, a ese producto llamado Vida-. ¡Debe de ser bastante lindo estar casada con un panadero!

La señora Parker no parecía tan segura. -Un oficio tan limpio -decía el caballero.

La señora Parker no parecía muy convencida.

-Y no le gustaba entregar los panes frescos a los clientes?

-Bueno, señor -respondía la señora Parker-, yo no estaba mucho tiempo en la tienda de arriba. Tuvimos trece pequeños, y enterramos a siete de ellos. ¡Se podría decir que si no era el hospital, era la enfermería!

-¡En verdad se podría decir eso, señora Parker! -decía el caballero, estremeciéndose y volviendo a tomar la pluma.

Sí, siete se habían ido, y mientras los seis eran aún pequeños, su esposo enfermó de tisis. Era la harina en los pulmones, le dijo el médico en aquel momento... Su esposo estaba sentado en la cama, con la camisa sobre la cabeza, y el dedo del médico le trazó un círculo en la espalda.

-Ahora bien, si lo abriéramos aquí, señora Parker -dijo-, le encontraría los pulmones repletos de polvo blanco. ¡Respire, mi amigo! -Y la señora Parker nunca supo con certeza si vio o imaginó que un gran abanico de polvo blanco salía de los labios de su pobre y querido esposo...

Pero la lucha que tuvo que entablar para criar a esos seis chicos y mantenerse ella misma. ¡Terrible fue! Y entonces, cuando eran lo bastante grandes para ir a la escuela, la hermana de su esposo fue a alojarse con ellos para ayudar, y hacía apenas dos meses que vivía allí cuando se cayó de un tramo de escaleras y se lastimó la columna. Y durante ocho años Mamá Parker tuvo otra niña -¡y tan llorona!- que cuidar. Después la joven Maudie tomó por mal camino y se llevó consigo a su hermano Alice; los dos chicos emigraron, y el joven Jim se fue a la India con el ejército, y Ethel, la menor, se casó con un inútil de camarero, que murió de úlceras en el año en que nació el pequeño Lennie. Y ahora el pequeño Lennie... mi nieto...

Las pilas de tazas sucias, de platos sucios, fueron lavadas y secadas. Los cuchillos negros como la tinta fueron limpiados con un trozo de papa, y pulidos con un do de corcho. La mesa fue fregada, y el tecedor, y el fregadero en el cual nadaban colas de sardinas...

El nunca fue un niño fuerte... nunca, desde el comienzo. Fue uno de esos chicos hermosos que todos confunden con una niña. Tenía rizos rubios, plateados, ojos azules, y una pequita como un diamante en un costado de la nariz. ¡Los problemas que ella y Ethel tuvieron para criar a ese chico! ¡Las cosas, sacadas de los periódicos, que probaron con él! Todos los domingos por la mañana Ethel leía en voz alta, mientras Mamá Parker lavaba.

"Querido señor... apenas unas líneas para hacerle saber que mi pequeña Myrtle había sido dejada por muerta... Después de cuatro frascos... aumentó 3 kilos y medio en 3 semanas, y sigue aumentando..."

Y luego la huevera de tinta salía del aparador, y se escribía la carta, y mamá compraba una orden de pago postal, camino del trabajo, a la mañana siguiente. Pero todo era inútil. Nada conseguía que el pequeño Lennie aumentara de peso. Ni siquiera el llevarlo al cementerio le dio un poco de color; una buena sacudida en el omnibus no le mejoraba el apetito.

Pero desde el comienzo fue el chico de la abuela...
-¿De quién eres? -preguntó la anciana Mamá Parker, enderezándose frente a la cocina y yendo hacia la ventana manchada. Y una vocécita, tan cálida, tan próxima, que casi la ahogó -le pareció que le resonaba en el pecho, debajo del corazón-, rió y dijo: "¡soy el chico de la abuela!"

En ese momento se escuchó un ruido de pasos, y apareció el caballero literario, vestido para salir.

-Ah, señora Parker, voy a salir.

-Muy bien, señor.

-Y encontrará su media corona en la bandeja del tintero.

-Gracias, señor.

-Ah, de paso, señora Parker-dijo el caballero literario con rapidez-, no habrá tirado nada de cacao la última vez que vino... ¿verdad?

-No, señor.

-Muy extraño. Habría podido jurar que dejó una cucharada de cacao en la lata. -Se interrumpió. - Siempre me informarás cuando tire cosas, ¿no es cierto, señora Parker? -Y se alejó, muy complacido, convencido en rigor, de que le había enseñado a la señora Parker que por debajo de su aparente negligencia era tan vigilante como una mujer.

La puerta se cerró con un golpe. Ella llevó sus cepillos y trapos al dormitorio. Pero cuando empezó a hacer la cama a alisar, meter, palmear, el pensamiento respecto del pequeño Lennie le resultó insostenible. ¿Por qué tenía que sufrir tanto? Eso era lo que no lograba entender. ¿Por qué un angelito tenía que pedir aire para respirar y luchar por él? No tenía sentido hacer que un niño sufriese tanto.

...De la cajita que era el pecho de Lennie brotó un ruido como de algo que hirviese. Tenía en el pecho un gran mazacote de algo que le burbujeaba, y de lo cual no conseguía librarse. Cuando tosía, el sudor le brotaba en la cabeza; los ojos se le saltaban, agitaba las manos y el gran mazacote burbujeaba como una papa golpea en una cacerola. Pero lo más horrible de todo era que cuando no tosía permanecía recostado contra la almohada, y no hablaba ni contestaba, o inclusive fingía no haber escuchado. Sólo parecía ofendido.

-Tu pobre y vieja abuela no tiene la culpa mi querido -decía la anciana Mamá Parker, apartándole el cabello mojado de las orejitas escarlatas. Pero Lennie movía la cabeza y se alejaba. Espantosamente ofendido con ella, se lo veía... y solemne. Inclinaba la cabeza y la miraba de costado, como si no pudiera creer eso de su abuelita.

Pero al cabo... Mamá Parker arrojó la colcha sobre la cama. No, sencillamente no podía pensar en eso. Era demasiado... había tenido que soportar demasiado en la vida. Aguantó hasta entonces, se mantuvo, y ni una sola vez se la vio llorar. Nunca la vio nadie, ni una sola alma viviente. Ni siquiera sus propios hijos vieron a Mamá Parker derrumbarse. Siempre mantuvo una expresión altiva, ¡pero ahora! Lennie desapareció... ¿qué le quedaba? No tenía nada. ¿Por qué todo tuvo que sucederme a mí?, se preguntó.

-¿Qué hice? -dijo la anciana Mamá Parker-. ¿Qué he hecho?

Cuando pronunció esas palabras, de pronto dejó caer el cepillo. Se encontró en la cocina. Su desdicha era tan terrible, que se puso el sombrero, el abrigo, y salió del departamento como en sueños. No sabía qué hacía. Era como una persona tan aturdida por el horror de lo ocurrido, que se aleja... a cualquier parte, como si pudiese escapar caminando...

En la calle hacía frío. Había un viento como de hielo. La gente pasaba volando, a toda velocidad; los hombres caminaban como tijeras; las mujeres pisaban como gatas. Y nadie sabía... a nadie le importaba. Aunque se desmoronara, aunque al final, después de todos esos años, rompiera a llorar, lo más probable era que le encerrasen.

Pero cuando pensó en llorar fue como si el pequeño Lennie saltara en los brazos de su abuela. Ah, eso es lo que quiere hacer ella, mi palomita. La abuela quiera llorar. Si sólo pudiera llorar ahora, llorar durante mucho tiempo, por todas las cosas, comenzando por la primera casa y la cocinera cruel, y por haber buscado al médico, y después los siete pequeños, la muerte de su esposo, los hijos que la abandonaban, y todos los años de desdicha que culminaron con Lennie. Pero le llevaría mucho tiempo llorar como correspondía por todas esas cosas. De cualquier modo, había llegado el momento de hacerlo. Debía hacerlo. No podía demorarlo más; no era posible seguir esperando... ¿Adónde iría?

-Ha tenido una vida muy dura, Mamá Parker.
-¡Sí, en verdad, una vida muy dura! Le tembló la barbilla; no había tiempo que perder. ¿Pero dónde? ¿Dónde?

No podía ir a su casa; allí estaba Ethel. Le daría a Ethel un susto mayúsculo. No podía sentarse en un banco, en cualquier parte; la gente iría a hacerle preguntas. No podía volver al departamento del caballero, no tenía derecho a llorar en casa de extraños. Si se sentaba en algún umbral, un policía le hablaría.

Oh, ¿es que no existía ningún lugar en que pudiera ocultarse y quedarse consigo misma cuanto quisiera, sin molestar a nadie, y sin que nadie se preocupase por ella? ¿No había sitio alguno en el mundo en que pudiera llorar a gusto... por fin?

Mamá Parker se detuvo, miró de un lado a otro. El viento helado le infló el delantal como un globo. Y comenzó a llover. No existía ningún lugar.



KATHERINE MANSFIELD. (Wellington, Nueva Zelandia 1888 - Fontainebleau 1923)

C
U
E
N
T
O